

¿HAY QUE BAUTIZAR A LOS NIÑOS?

La pregunta salta a la calle en estos tiempos. La prueba está en que obispos y hasta Santa Sede se plantean el problema en un mundo de unas características muy diferentes a las que existían hace unos años.

Muy retrasadamente hemos pasado de una situación sociológica de cristiandad a una situación de autonomía de las cosas de este mundo, y de separación, poco a poco, de las cosas eclesiológicas y las cosas temporales o civiles.

Signo de ello es la reacción que ha habido en nuestro pueblo español, a través de la prensa, las conversaciones y los coloquios, con motivo de un anteproyecto de Concordato que ha sido unánimemente rechazado por todos como algo anacrónico, ya que no distinguía suficientemente entre estos dos campos, el de lo civil y el de lo eclesiológico, el de las cosas de este mundo y las cosas religiosas.

Hace unos pocos años, monseñor Díaz Merchán —cuando era obispo de Guadix— publicó una pastoral en la que subrayaba el peligro real que existe en nuestro país de tener un cristianismo de folklore o de conveniencias sociales. No tenemos nada más que levantar la vista a nuestro alrededor y comprobaremos que esto es todavía tónica de buena parte de nuestro catolicismo español.

Sin embargo, aunque lentamente, vamos preguntándonos los católicos en forma crítica sobre este «catolicismo sociológico», que tiene mucho más de religiosidad pagana, semi-supersticiosa, y superficial que de verdadero cristianismo personal y responsable.

Es lo mismo que el teólogo Karl Rahner, S. J., planteaba en el año 1965, cuando observaba que para el futuro la Iglesia tendría que acostumbrarse a una situación de «mayoría de edad» en los creyentes, de tal modo que —según él— ya no se sería católico por tradición, sino católico por convicción.

Todo esto queda, cuando comienza a plantearse públicamente, en forma demasiado teórica o novedosa. Pero en cuanto pasan pocos años empieza a calar entre la gente, y todo el mundo comienza a vivir una problemática nueva que —por otro lado— corresponde con los más íntimos anhelos de tener una personalidad como creyentes, y de no seguir siendo un rebaño ciego que se guía preferentemente por costumbres o rutinas que han perdido el sentido personal de la creencia, para convertirse en un «catolicismo sociológico» con todos los males que esto entraña para el futuro religioso de nuestro país.

Gran parte de la reacción, apartada de lo religioso, que tiene un buen número de nuestros jóvenes y de nuestras jóvenes, se debe a eso.

Por ello es necesario que nos vayamos haciendo las mismas preguntas que se hacen en otros países, donde existe también un fuerte núcleo de catolicismo.

En Francia, donde el catolicismo es mucho más equilibrado de lo que pensábamos hace unos años, ya están poniendo en cuestión esta costumbre de bautizar indiscriminadamente a todos los niños, no accediendo siempre a los padres que solicitan el sacramento de iniciación a la fe cristiana para sus pequeños hijos recién nacidos.

Y aquí, en algunas diócesis, empieza a vivirse esta misma inquietud.

Algunos, los más conservadores, quizá se escandalicen todavía de estos planteamientos; pero olvidan que, en el antiguo Derecho Canónico que todavía tenemos en vigor, se habla con énfasis claro que, para aceptar la petición de los padres de bautizar a un niño, hay que conseguir «que se garantice su educación católica» (Canon 750). En un mundo como el nuestro, la mayoría ha perdido el clima familiar cristiano, y no se trata de seguir el formulismo de que en las escuelas o colegios se realice una instrucción religiosa demasiadas veces puramente verbal, que no produce ningún convencimiento en los niños. Lo importante es el ambiente familiar, como lo fue siempre en el cristianismo de los primeros siglos de la Iglesia. Y si este clima familiar cristiano no existe, entonces

hay que plantear si en nuestro contexto social moderno se cumple este requisito del viejo Derecho Canónico.

Y muchos —teólogos y no teólogos— creemos sinceramente que no se cumple.

Por eso la Iglesia francesa, en una postura equilibrada, pero sin duda nueva, aplica esta consideración a la vida actual, y dice «que no se debe bautizar a todos los niños con la facilidad actual, ni se debe rechazar esta práctica de repente».

Así ha hecho también —aunque más comedidamente— la Congregación de la Fe (antiguo Santo Oficio) ante la consulta de un obispo de Togo, quien pedía esto mismo que vemos en nuestros países del desarrollo económico. El cardenal Saper, que dirige esta Congregación de la Fe en Roma, ha aceptado la interpretación que aquí decimos en los casos en donde no hubiera ese deseo de vivir un cristianismo real, posponiendo el bautismo del niño, a pesar de la petición de los padres. No obstante, esta petición no se rechaza definitivamente, sino que se les prepara a éstos —a los padres— para una comprensión del bautismo de sus hijos en sentido de la fe, si voluntariamente quieren.

Este es el resumen de la postura para los países de misión cuando los padres no son cristianos o viven en una situación incompatible con las creencias cristianas.

Ahora tendríamos nosotros también que preguntar si en los países de Occidente no pasa algo parecido hoy en día, y, por tanto, si no tendríamos que aplicar estas normas que varios obispos franceses llevan adelante inteligentemente.

Así, monseñor Coffy, obispo de Gap (Francia) y miembro de la Comisión Episcopal de Liturgia, acaba de presentar un documento a la prensa francesa, durante el mes de febrero, en donde se orienta el deseo de todo el Episcopado francés de conseguir «una celebración más auténtica de los sacramentos». Y la primera cuestión que se plantea es la de «los sacerdotes que se encuentran a menudo en la situación de bautizar a niños con el presentimiento, e incluso la certeza moral, que dado su contexto familiar y su ambiente estos niños no vivirán su fe».

Y la solución, en estos casos, no es conceder el bautismo inmediato de los niños, sino evangelizar a los padres, si ellos consienten libremente en esta condición para poder ser bautizados los hijos.

En varios lugares de Francia ha sido ensayado esto. Y a la gran cantidad de padres que se encuentran en esta situación de cristianismo sociológico y no de clima de fe cristiana se les invita a reunirse con otros matrimonios cristianos y convivir la fe que ellos tienen, aplicada a la vida corriente en el mundo. Y se enseña que el bautismo es la señal de participar la familia en esta vida comunitaria cristiana, entrando en ella voluntariamente los padres, y con ellos toda la familia, incluso los pequeños niños. Así se comprende que el bautismo no es nada más que el signo que representa lo que va a ocurrir realmente en la vida familiar, o sea, un clima cristiano de fe aplicada a la vida.

Pero si esto no ocurre así, entonces carece de sentido el signo que es el bautismo, y no hay más remedio que posponerlo hasta que se den las condiciones para este ambiente cristiano.

Así, poco a poco, se va en la Iglesia francesa a una situación de decisión del bautismo mucho más personal en la mayoría de los casos. Y en los otros, donde hay un clima familiar cristiano, el bautismo no tiene tampoco un significado coaccionante, porque de todas las maneras, cuando el hijo llegue a una cierta edad, siempre tendrá que decidir si sigue manteniéndose en esa fe que vive la familia o no. La fe, como enseñó muy claramente Pío XII ante las violaciones de la libertad personal en Yugoslavia durante la ocupación alemana, tiene que ser «libérrima» y no puede ser producto de una coacción.

La Iglesia francesa ha dado un primer paso, que lógicamente llevará a posturas cada vez más consonantes con la libertad de decisión personal en materia religiosa. Y nosotros debemos también empezar.

MIRET MAGDALENA